

CAPÍTULO 1

SOLAMENTE EL MÉTODO DE CRISTO

Cuando soy invitado a dirigir clases de testificación, muchos me dicen que se abstendrán de emitir juicio en relación con lo que voy a presentar, pues en el pasado han escuchado muchas cosas que luego no les sirvieron para nada. Lanzándome una mirada irónica agregan: "Realmente esperamos que su propuesta de testificación sea diferente, que surta efecto".

No voy a presentar mi plan ni el plan de otra persona o institución, sino voy a presentar ¡el plan de Cristo! El único que tiene el éxito garantizado.

Rebecca Pippert dice por qué ella lamenta tanto que nuestras actividades de testificación sean improductivas: "Creo que mucho de nuestra evangelización no es efectivo porque dependemos demasiado de técnicas y estrategias. La evangelización parece haberse convertido en una tienda. Estoy convencida de que debemos mirar a Jesús y la calidad de vida que él nos propone como un modelo en el cual podemos confiar, y que nos orienta respecto de cómo alcanzar a otros".¹

Precisamente, ¿en qué consistía el plan o método de Cristo? Déjenme compartir con ustedes sus puntos específicos y analizar la manera de llevarlo a la práctica. Esto puede transformar y revolucionar nuestra testificación por Cristo. Simple y altamente efectivo, es una verdadera expresión del carácter de Cristo y trasciende tiempo, cultura, raza, religión y geografía, pues tiene una atracción universal. Es la ilimitada y segura manera de Cristo de encontrar el sendero que llega al corazón humano.

Elena de White describe los peldaños del método de Cristo de la siguiente manera: "Sólo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: 'Seguidme' ".²

Con demasiada frecuencia somos distraídos por sofisticados planes de testificación, y pasamos por alto o descuidamos el sencillo método de Cristo, tan lleno de sentido común. Es triste decirlo, pero es difícil encontrar sentido común en los altamente organizados planes que prevalecen hoy. Frecuentemente, la tendencia que manifiestan dichos planes es enfatizar tanto las tareas como el resultado final, en lugar de centrarse en la persona y el proceso. Robert Coleman, profesor de evangelización del Asbury Theological Seminary, afirma que el método de Cristo "no fue desaprobado; simplemente fue ignorado. Ha sido enfocado como algo para recordar y venerar del pasado, pero no para ser tomado seriamente como una regla de conducta en el presente".³

"Somos tardos en comprender cuán necesario es entender las enseñanzas de Cristo y sus métodos de trabajo".⁴ Al destacar el hecho que Cristo ya eligió su método para terminar su obra, y que no nos corresponde reemplazarlo por otro, Bonhoeffer dice: "Felices aquellos cuyas obligaciones son determinadas por este tipo de preceptos y, por consiguiente, están libres de la tiranía de sus propias ideas y cálculos".⁵

En el plan de Cristo estaba primera y principalmente la gente. El no comenzó su ministerio publicando toda clase de actividades y reuniones tendientes a alcanzar al mundo, sino eligió lo que los líderes judíos describieron como "hombres sin letras y del vulgo" (Hech. 4: 13) para llegar a las multitudes. El invirtió su tiempo, sus ideas y su esfuerzo en ellos, equipándolos para hacer su trabajo. Su personalidad los modeló de tal modo que, incluso quienes los criticaban y los acusaban de ser ignorantes, "reconocían que habían estado con Jesús" (vers. 13). Al estar con Cristo, los discípulos emularon a su Maestro, interiorizando su ejemplo de testificación en sus vidas.

Coleman, describiendo los métodos de testificación de Cristo escribió: "La evangelización era vivida en la presencia de ellos en espíritu y en técnica. Al mirar a Jesús, ellos aprendieron qué significaba. El los guió para reconocer la necesidad inherente en toda clase de gente, y el mejor método para aproximarse a ella. Los discípulos observaron cómo atraía a sí a la gente; cómo ganaba su confianza y les inspiraba fe; cómo les abría el camino de la salvación y los llamaba a una decisión... Su método era tan real y práctico que surgía en forma natural".⁶

Llama la atención cuánto se asemeja la descripción que Coleman hace del método de testificación de Cristo a lo dicho por Elena de White, y que fue citado al comienzo de este capítulo. Ambos autores parecerían indicar que si no perseveramos en seguir el ejemplo de Cristo en su trabajo personal, acabaremos desplazándolo con nuestros propios planes e instituciones. Esto sofocará todo tipo de amor y compasión genuinos, alejándolos de nuestra vida y nuestro testimonio.

Elena de White alerta: "En todas partes hay tendencia a reemplazar el esfuerzo individual por la obra de las organizaciones. La sabiduría humana tiende a la consolidación, a la centralización, a crear grandes iglesias e instituciones. Muchos dejan a las instituciones y organizaciones la tarea de practicar la beneficencia; se eximen del contacto con el mundo, y sus corazones se enfrían. Se absorben en sí mismos y se incapacitan para recibir impresiones. El amor a Dios y a los hombres desaparece de su alma".⁷

Wayne McDill se refiere a esta carencia de un toque de amor personal y humano en la testificación como "el ingrediente ausente". Para enfatizar este asunto cita un estudio realizado en la Universidad de Princeton, que revela que el 50% de los que reaccionaban desfavorablemente hacia la iglesia o la testificación respondían positivamente si la forma de aproximación era la correcta. Haciendo una ecuación entre la "forma correcta" y "el ingrediente ausente", que él define como un relacionamiento humano de amor, agrega: "El evangelio de Cristo no es consistente en una evangelización que busca ignorar o evitar las relaciones personales sinceras. La evangelización será efectiva según el grado de dependencia que establezca y cultive con los relacionamientos significativos".⁸ El considera el término "significativos" como "espiritualmente importantes, es decir, el acercamiento por medio del amor, la franqueza, la sinceridad y la preocupación real".⁹

McDill tiene razón. ¿Cómo podríamos saciar la sed del alma humana si dejamos de lado el amor y la simpatía? ¿Cuán buenos son los programas y planes cuando están desprovistos de relacionamiento significativo? Las personas no son máquinas, artefactos u objetos que calcen perfectamente en nuestros esquemas de evangelización. Ellos saben si nosotros los amamos genuinamente o no. Dios no los ve como objetos para manipular, sino como sus preciosos hijos, a quienes ama sobremanera y en quienes invirtió la vida de su Hijo.

Ojalá él nos poseyese tan completamente que las personas con quienes nos asociamos pudieran sentir, sin lugar a equívocos, que él está revelando su gran amor mediante nuestra vida. Esta es la única manera como Dios puede honrar nuestro humilde esfuerzo. Nos garantiza el éxito en la medida en que llevemos a la práctica su método de testificación en nuestra vida diaria.

Otros métodos pueden darnos resultados cuando los miramos desde la limitada perspectiva humana, pero sólo el método de Cristo puede resultar en un verdadero éxito. Por consiguiente, cualquier verdadero esfuerzo para lograr una testificación exitosa debería originarse y crecer en base al método de Cristo. Si el Salvador ministra mediante nuestra vida consagrada —mente, manos y corazón—, y nos identificamos con él tanto en carácter como en la manera de aproximarnos a las personas con quienes entramos en contacto, éstas desearán entrar en contacto con él.

Jesús pasa a ser el testigo supremo al revelarse en nuestras palabras y acciones, y la posibilidad de éxito real dependerá del grado en que dejemos que nuestro yo decrezca para que él crezca continuamente en nuestra vida. "Todo obrero que trata con éxito con las almas debe entrar en el trabajo despojado del yo".¹⁰ Cuando la sal se mezcla con el alimento, en cierto sentido se anula a sí misma. Al realizar su tarea se disuelve y desaparece. El comensal detecta solamente el alimento y no la sal. Del mismo modo, no debemos promover de ninguna manera el yo, pero discretamente debe concentrarse tanto en Cristo como en la persona en la que estamos tratando de influir con nuestra testificación.

Lo que debe animarnos es saber que cuando olvidamos el yo y nos concentramos en Cristo, cuando caminamos y trabajamos con él, nos damos cuenta de que no necesitamos preocuparnos por el resultado. En su lugar, experimentamos un sentido de liberación en él que nos concede espontaneidad y nos da poder al testificar. "No necesitan cargarse de ansiedad por el éxito".¹¹

Cierta vez me encontré con un evangelista tan sobrecargado por su tarea, que daba la impresión que ésta lo estaba destruyendo casi por completo. Los que trabajaban con él también habían llegado a estar sombríos y desalentados. "Amigo, por favor recuerde que ésta es la obra del Señor y que él es quien está a cargo de ella", le dije cierto día. "Debemos ser obreros fieles, pero, ¿cómo podemos atraer a la gente hacia Cristo si tenemos semejante estado de ánimo?"

Debido a que desde la niñez estamos condicionados a temerle al fracaso, procuramos probarnos a nosotros mismos y lograr el éxito a toda costa. Parecería que la sociedad no nos acepta por el simple hecho de ser personas, sino que exige que nos destaquemos en algo. A veces, ni siquiera intentamos algunas cosas sólo porque tememos que puedan terminar en un fracaso. Esto es triste cuando pensamos en las grandes cosas que podríamos haber hecho si simplemente lo hubiésemos intentado.

Naturalmente, una actitud tal se revela hasta en nuestra testimonio. Muchas veces no testimoniamos porque agrandamos nuestra ineficacia en lugar de mirar la suficiencia de Cristo. Nos preocupamos por lo que "debemos" decir, por lo que otros podrían pensar de nosotros, o imaginamos que seremos mal interpretados o ridiculizados.

McDill detecta tres categorías de temores a las que todos los que testimoniamos debemos hacer frente: (1) Miedo a la insuficiencia, (2) miedo al rechazo y (3) miedo al fracaso.

Seguidamente, este autor comenta los remedios espirituales prácticos que el apóstol Pablo da en 2 Timoteo 1: 7: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" para fortalecernos contra dichos miedos. (1) El poder de Dios eliminará el temor y la insuficiencia; (2) el don del amor eliminará el miedo al rechazo; y (3) el don del dominio propio quitará el miedo al fracaso.¹²

Elena de White señala claramente la razón fundamental del fracaso de quienes testimonian: "Están trabajando por el bien de otros; sus deberes apremian, sus responsabilidades son muchas, y permiten que su trabajo ocupe hasta el tiempo que deben a la devoción. Descuidan la comunión que deberían sostener con Dios por medio de la oración y el estudio de su Palabra... Andan lejos de Cristo; su vida no está saturada de su gracia y se revelan las características del yo. Su servicio se echa a perder por el deseo de la supremacía y el trato áspero y falto de bondad del corazón insubordinado. He aquí uno de los principales secretos del fracaso en la obra cristiana".¹³

Debemos tener siempre en mente que nuestra definición de éxito puede ser diferente de la de Dios. En nuestro finito entendimiento humano, lo que sentimos como fracaso puede ser éxito para él; y lo que interpretamos como éxito puede ser fracaso ante sus ojos. Cierta vez, una hermana de iglesia vino a mí lamentándose de su total fracaso al testimoniar. Cuando le pregunté por qué se sentía así, me explicó con frustración: "Trabajé muy duramente durante cinco meses estudiando la Biblia con una señora, pero sin éxito". Al insistir que me diera información más específica, comentó con cierto desánimo en su voz: "Bueno, ella decidió no bautizarse, por lo que yo fracasé, ¿no le parece?"

Cuando le pregunté si al menos había nacido una amistad entre ellas, me contestó: "Sí, somos muy buenas amigas". Luego le pregunté si habían aprendido en la Biblia algo más acerca de Dios y si habían crecido espiritualmente juntas. "¡No solamente eso, sino que, además, por primera vez en su vida mi amiga aceptó a Cristo!"

Testimoniar es una experiencia total, no se trata sólo de un fragmento que enfoca el resultado final e ignora a la persona y al proceso. Esa señora tenía éxito, pero no lo reconocía. Al ganar la confianza de la mujer y llegar a ser buenas amigas, ella le enseñó de Cristo y la Biblia. La guió a aceptar al Señor y ambas maduraron espiritualmente. El cristiano necesita aceptar que el proceso de testimoniar tiene éxito y valor en sí mismo. Pero esa dama no estaba lista aún para unirse a la iglesia por medio del bautismo. Probablemente más adelante tomara esa decisión. Jesús estaba usando su método mediante esta hermana de iglesia para conducir a su amiga al bautismo sin socavar su libertad de elección. ¿Qué otra cosa podemos hacer tanto él como nosotros?

Daniel Taylor, del Bethel College, señala que no es tan simple medir el éxito cuando se trata de la influencia que ejercemos en otras vidas para acercarlas a Cristo. No deberíamos perder nuestro tiempo tratando de imaginar qué acciones en particular producen eternas consecuencias. "Es imposible medir las consecuencias de cualquier acción, se trate de una palabra casual, de un estímulo o de una condenación... Podemos sentirnos aliviados de esa compulsión de realización temporal. Entonces tendremos una concepción diferente de éxito".¹⁴

Taylor ilustra la naturaleza del verdadero éxito al señalar la obra de Thoreau y de la Madre Teresa. "Thoreau nos muestra convincentemente que el éxito es en realidad fracaso si anula nuestra verdadera naturaleza y nuestras necesidades. Sólo a la luz de este concepto podemos entender cómo la Madre Teresa, que lleva el amor de Dios a los más humildes entre los humildes, es más digna de ser envidiada que Madonna. Lo mismo sucede con algunos siervos de Dios que nadie conoce pero que son más exitosos que muchos grandes autores o artistas que admiramos".¹⁵

Después de afirmar que mucho de la ayuda que damos a quienes están a nuestro alrededor no será reconocida en este mundo, pero nos asegura el mayor éxito delante de Dios, Elena de White explica: "Como Redentor del mundo, Cristo arrostraba constantemente el fracaso aparente. Parecía hacer poco de la obra que él anhelaba hacer para elevar y salvar... Pero él no quería desalentarse... Sabía que la verdad iba a triunfar finalmente en la contienda con el mal".¹⁶

La sierva de Dios nos insta a seguir el ejemplo del Maestro y a no pensar que hemos fracasado cuando no vemos resultados inmediatos. Tratemos de mirar más allá de la situación presente y confiar en que Dios nos da verdadero éxito. "La vida de los discípulos de Cristo ha de ser como la suya, una serie ininterrumpida de victorias, no tenidas por tales aquí; pero serán reconocidas como tales en el gran más allá".¹⁷

Solamente el método de Cristo nos dará el verdadero éxito; ese éxito que desde la perspectiva de Dios es genuino e imbuido de su Espíritu. Debería ser el alma y el aliento de vida de todas y cada una de las actividades de evangelización.

La testimonio verdadera y efectiva no es la realizada mediante planes sofisticados, sino mediante personas vacías del yo y llenas de Cristo, que llenará dichos planes con su amor y poder. "Esta es la nueva evangelización que necesitamos. No se trata de mejores métodos, sino de mejores hombres; hombres que conocen a su Redentor no por rumores; hombres que tienen la visión y la pasión de su Redentor por el mundo; hombres que están deseosos de ser nada para que el Redentor pueda ser todo; hombres que no desean otra cosa que ver reproducidos en su vida y, mediante ellos, en otros el placer y la voluntad de Cristo".¹⁸

En los próximos capítulos examinaremos cada peldaño del método de Cristo. Como preparación para ello, recordemos la propuesta de Elena de White. Para lograr una referencia más fácil organizaremos esa propuesta en seis niveles progresivos:

1. Cristo se mezcló con la gente deseando su bien.
2. Cristo simpatizó con ellos.
3. Cristo suplió sus necesidades.